



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



## CAPITULOS INEDITOS.

Suenta el autor de esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é inimaginada historia, que despues que entre el famoso *Don Quijote de la Garra y Sancho Pitacio* su escudero, pasaron las razones que se mencionan en alguna otra parte de esta crónica, *Don Quijote* alzó los ojos y vió que por el camino adelante se levantaba un edificio de regular aspecto y lleno de rejas á manera de coro de monjas. Vió asimismo que en la puerta estaban unos hombres con armas y cuidando lo que dentro de la casa se contenia; y así como *Sancho* se hizo cargo de todo, exclamó: Para mi santiguada que hemos llegado á una cárcel pública, y la gente que dentro está es gente forzada que espera su merecido.—¿Cómo gente forzada? preguntó *D. Quijote*: ¿es posible que la ley haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió *Pitacio*, sino que es gente que por sus delitos está condenada á estar en presidio.

—En resolucion, replicó *Don Quijote*, como quiera que ello sea, esta gente está aquí por fuerza y no de voluntad.

—Así es, dijo *Sancho*.

—Pues de esa manera, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, s. correr y acudir á los miserables, y dar libertad á los oprimidos.

—Advierta vuestra merced, dijo *Pitacio*, que la justicia no

hace injusticia ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

En esto llegaron á la cárcel pública, y Don Quijote con mil zalameras razones y con lenguaje caritativo pidió á los guardas fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas porque estaba aquella gente de semejante manera. Uno de los guardas dijo que eran criminales que compurgaban sus delitos, y no habia mas que decir ni él tenia mas que saber.

—Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno de ellos la causa de su desgracia. Y añadió otras tan comedidas razones para mover á los guardas á que le dijese lo que deseaba, que otro de aquellos le dijo:

—Aunque tenemos aqui el registro y la fé de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo de detenernos á sacarlas ni á leerlas. Vuestra merced llegue y preguntéselo á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querrán, que es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia que Don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la reja y al primero que vió le preguntó que por qué estaba tan de mala guisa.

—Por enamorado, respondió con todo despejo.

—Pues si por enamorados echan en la cárcel, dias ha que pudiera yo estar sepultado en ella.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el presidiario, que los míos fueron que quise tanto la hacienda agena, y me enamoré de tal modo de ella, que salia á los caminos reales en su busca, y desde que la topaba, me abrazaba con ella; y no la soltara, si no hubiera sido porque gentes sin entrañas y sin sentimientos me arrancaron de aquellos amorios que me trajeron á este sitio, donde vivo en la inacción.

Lo mismo preguntó al segundo, el cual no respondió palabra, tal estaba de triste y melancólico; pero el que ántes habia hablado, sirviéndole de lengua, respondió por él:

—Este está aquí por sensible y por querer bien al prójimo.

—¡Cómo! ¿Y semejantes virtudes tiénense por culpa? No lo entiendo.

—Ahora lo entenderá su merced. Este buen hombre veía que sus semejantes padecian mucho en la vida, la cual dicen algunos inteligentes es una carga pesada, y este humanitario sugeto, compadecido de tantas penas y deseando libertarlos de ellas, bonitamente les aplicaba el modo de que dejaran una vida tan poco apetecible, y los enviaba al otro mundo.

—Es decir en buen castellano, que los mataba.

—Sí, señor, pero por hacerles bien y buena obra.

—Y tú ¿por qué estás aquí? preguntó á otro

—Por friolento.

—¿Luego es delito tener frio?

—Sin duda, y vea vuestra merced cómo una cosa tan insignificante ha venido á causar mi triste reclusion. Cada vez que mi pobre cuerpo se sentia lleno de frio, aun cuando fuera en el mes de Mayo, buscaba el modo de calentar mis huesos y me dirigia desde luego en busca de alguna casa, ya fuera en la ciudad ó en el campo: bonitamente le arrimaba algun fuego, y al calor de aquella grata luminaria sentia un placer infinito. Creyeron que tal método era nocivo, y me trajeron aquí, donde me ofrezco á las órdenes de vuestra merced.

—Y tú ¿qué has hecho que te tienen aquí?

—Procurar el bien de mi patria, favorecer la agricultura, las artes y la ciencia. Ví que el país no progresaba por falta de brazos, que esos brazos faltaban por la escasez de hombres, y me dediqué á aumentar la poblacion de tal manera, que he embrollado la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare. Si vuestra merced, señor caballero, puede hacer algo para socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrémolos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga como su presencia merece.

—No es para tanto. Puedo y quiero hacer á todos un gran bien. Segun lo que veo, toda la gente que aquí está es de honra y provecho, y solamente la envidia, la injusticia y otras malas pasiones hacen que esta gente tan útil para el desarrollo de las ideas liberales esté en la inacción y privada de su natural libertad. Mas yo que he venido al mundo para enderezar entuertos y para dar libertad á los cautivos, os saco de este encierro para que por esos mundos de Dios voleis á propagar las virtudes que vuestros enemigos querian tener ocultas entre estas cuatro paredes.

De hoy mas todos los bandidos  
Víctimas de la justicia,  
Han de formar la milicia  
Del partido liberal.

Los que roben y asesinen,  
Los afectos á las niñas,  
Los que no viven sin riñas  
Ni en la cara sin señal,

Serán los bravos soldados  
Y los fieros adalides  
Que sostendrán nuestras lides  
Con la sogá y el puñal.  
¡Sus, valientes! ¡A la lucha!  
Nuestras hachas aprestemos:  
Nuestros instintos cebemos  
En la honra, la hembra, el caudal.

Con esta bien pronunciada arenga y con haber ofrecido á los honradísimos presidiarios que cuanto habia en la tierra les pertenecería por derecho de conquista, Don Quijote vió á muy poco aumentar su ejército con todos los que ántes vivian en las enorrujadas, en las cárceles y en las tabernas, por mas que Sancho tenia miedo de que él y su amo fueran los primeros desbalijados por aquellos soldados de nuevo cuño. Aun llegó Sancho á recordarle á Don Quijote lo acaecido con el señor de la Ala-triste, que fué desbalijado de sus ahorros por un su asistente miéntras estaba en el baño; pero el fidalgo á todo hizo orejas de mercader y echó á andar para consumir las proezas que él pensaba poner en práctica en el mundo con aquellos honrados colaboradores.

A muy poco tiempo empezaron á distinguirse por el desarrollo de la uña un Rojas, un Carbajal, un Gonzalez Ortega, un Blanco, un Pueblita, que aunque no todos habian sido sacados de las garras de la justicia por Don Quijote, si habian sacado sus garras contra la justicia que los perseguia, procurando todos aventajar al fundador de aquella nueva andante caballería é infantería.

Mucho tiempo habia pasado desde que el célebre Don Quijote de la Garra habia dado libertad á los galeotes: el renombrado Ginesillo de Parapilla (á Carbajal habia ya dádose á conocer por sus proezas en los caminos reales y encrucijadas: todos sus demas compañeros de cadena habian demostrado al mundo que la libertad bien entendida consistia en volver á los tiempos de la edad dorada, en que nada habia *tuyo*, sino solo *mío*; y el ilustre caballero se regocijaba de ver cuán bien habian comprendido su mision los que, en un día de gorja, tuvo la humorada de armar caballeros de la órden muy distinguida de la *uña y de la hacha*. ¡Qué valen, decia enmedio de su contento, las hazañas de Luigi Vampa al lado de las proezas de mis invencibles falanges? ¡cómo ha de ser comparable el

robo que le hicieron á Sancho de su asno, con el de las muchísimas mulas y caballos que mis hermanos han sacado de las haciendas?

Sin embargo, una cosa le traía desasosegado, y era que cuando para premiar la fidelidad de su escudero Sancho lo habia hecho nombrar gobernador de la Barataria, se habia quedado sin compañía, pues no habia encontrado con quien sustituir aquel sandio ranchero, que aunque mas rudo que un alcornoque y mas asno que su pollino, le quitaba el mal humor consiguiente á su aventurera vida. Muchas veces pensó sustituirlo con alguno de los galeotes á quienes habia dado libertad, pero ninguno tenia las cualidades que deseaba, y por eso habia prescindido de su deseo; magüer la falta que un escudero le hacia.

Muy principalmente lo echó de ménos, cuando obligado por el gran maestre de su caballería andante, tuvo que ir por esos mundos de Dios á reunir en cierta *heróica* ciudad á sus hermanos de cuerda; porque es el caso, que poco práctico en los caminos al entrar en una espesa y enmarañada tierra, despues de algunas horas de travesía, llegó á un punto en que la soledad y la oscura sombra de los árboles le hicieron perder el camino que debia llevar. En vano buscó y rebuscó la salida de aquellos páramos: veía discurrir el tiempo, y que las sombras de la noche se aproximaban sin que le fuera dado salir de aquel laberinto. ¡Cómo deseaba la presencia de algun encantador para que en alas de un grifo lo sacara á puerto de salvamento! ¡Cómo lamentó entónces la mala idea de haber abrazado una profesion tan espinosa como es la de las armas. él que toda su vida la habia pasado en las sacristías y en los curatos!

Mas cuando al cabo de tres dias de fatigas y de penas, y despues de haber hecho votos á San Dimas si lo sacaba salvo de aquella empresa, vió que nada adelantaba, no le quedó mas recurso que reunir las pocas fuerzas que le quedaban para poner en planta el único espediente de que pudo echar mano en aquellas tristes circunstancias. Al acordarse de su buen Sancho, se acordó naturalmente de su asno, y al hacer esta reminiscencia, le vino en mientes que un alcalde compadre de otro alcalde habia perdido un pollino, y echándose los dos á buscallo, se convinieron en darse por señal un rebuzno, y así hubieron de salir del aprieto. Alabando el ingenioso medio que su memoria le recordaba, dió al aire su voz, con cuanta fuerza pudo, y débese decir en obsequio de la justicia que nunca fueran los pollinos tan bien imitados como cuando

D. Quijote quiso al mismo tiempo que salir de la sierra, dar una prueba de su rara habilidad.

El mismo nos ha trasmitido en el siguiente romance la pintura de sus trabajos en medio de los ásperos breñales de Ixtlan y de su triunfo filarmónico-imitativo, del que hasta hoy día se conservan recuerdos en aquella comarca.

## DON QUIJOTE

### PERDIDO EN LA SIERRA.

Pensoso está el buen fidalgo  
Con la mano en la mejilla,  
Perdido en espeso monte  
Sin encontrarle salida,  
Maldiciendo en sus adentros  
El menguadísimo día  
En que la familia enferma  
Le hizo salir de Colima,  
Y correr por esos mundos  
Como perro con vegiga,  
“Anda, Santos, le dijera,  
Reune nuestra cofradía,  
Y prepara nuestras cosas  
Para vender en cuartilla  
A la nación mexicana,  
Que ha llegado á hacerse indigna  
De figurar en el número  
De las naciones. Camina.”  
Y montando el buen D. Santos  
En un jaco á toda prise,  
Atraviesa vericuetos,  
Salva hoyancos, salta simas,  
Y hasta la sierra de Ixtlan  
No se juzga en tierra amiga,  
Pues muchas veces ha creído

Que airados le perseguían  
Los malditos reaccionarios  
Causa de las sus desdichas.

Mas ¡oh dolor! que en la sierra  
Se multiplican sus cuitas  
Porque en noche tenebrosa  
Del monte no halla salida,  
Y por tres días y tres noches  
Anda desde abajo á arriba;  
Y vuelta á tomar un rumbo.  
Y retorna á la fatiga.  
Sin que el pobre D. Quijote  
Dar con su ruta consiga.

Por eso el desconsolado  
Así sus quejas esplica:  
“¿Quién te mandó, sacristán,  
Meterte en estas fatigas?  
¿No era mejor que estuvieras  
Como en mas risueños días  
Sacudiendo tus altares,  
Relujando la cruzía,  
Preparando el facistol  
Y ayudando sendas misas?  
¿Quién te metió en la mollera  
Tomar la lanza ó la pica  
Si Dios te crió monacillo  
De la su Iglesia bendita?  
¿Quién te metió á patriotero,  
Pobre Santos, si en tu vida  
Solo supiste guerrear  
Con cirial ó campanilla?  
¡Oh! desgraciado ministro  
De tan enferma familia!  
¿Cómo saldrás de este monte?  
¿Quién te acorrerá en tu cuita?  
¡Oh! si al ménos al buen Sancho  
Tuviera en mi compañía  
Fueran ménos mis trabajos  
Que aunque asno me ayudaria!  
¿Asno dije? ¡me he salvado!

Mi memoria felicísima  
Recuerda en este momento  
Una invención peregrina  
Que en la historia de mi abuelo  
El buen manhego está escrita.  
Rebazaré sin descanso  
Y así la gente vecina  
Sabrá que hay aquí un viviente  
Que su auxilio necesita;  
Vale que la voz ingrata  
Del asno es mi favorita”  
Dicho y hecho: el buen D. Santos  
Suelta al aire cual bocina  
De su pecho y sus pulmones  
La voz sonora y meliflua  
Imitando al orjudo  
Con gracia tan inaudita  
Que al punto treinta jumentos  
En sus cánticos lo imitan.  
Un leñero que al acaso  
Andaba en la serranía  
Cuando escuchó aquel concierto  
Desea ver quién lo origina.  
Vé á D. Santos: este cuenta  
Su aventura y sus fatigas;  
Y merced á sus rebuznos  
Al monte le halla salida;  
Y gozoso por demas  
A la *heróica* se encamina.

En las diferentes ocasiones que el andante caballero anduvo por el mundo cumpliendo con su noble oficio, cuenta Cide Hamete Benengeli que acertó á pasar por una elevada sierra, donde no se le presentaba otro albergue que una miserable choza á la que le fué preciso entrar. En ella le recibieron generosamente unos sencillos labradores, quienes para honrar la presencia de su huésped pusieron en una humilde mesa algunos tajajos de carne y un pedazo de queso acompañado de un puñado bellotas.

Cuando el famoso caballero hubo satisfecho su estómago, tomó algunas bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz con estas ó parecidas razones: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quienes los antiguos caballeros de industria pusieron el nombre de Ayutla; y no porque en ellos el oro, que en esta época de Tacubaya tanto escasea, se alcanzara en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivían ignoraban la palabra *mio* que se habia convertido en *tuyo* de puro miedo. Eran en aquella feliz edad para nuestra orden todas las cosas para el mas atrevido: á nadie le bastaba para su necesario sustento entregarse á duros trabajos, porque cualquiera de nuestros antepasados podia alzar la mano y llevarla á los intereses ajenos, que liberalmente estaban convidando con su abundancia y hermosura. En las claras fuentes y en las orillas de los rios era magnífica la presa que á los ladrones se ofrecía. En las quebras de los montes y en la hondonada de las barrancas formaban sus caravanas los solícitos y trabajadores arrieros, proporcionando á cualquiera atrevida mano una fértil cosecha adquirida con poquísimo trabajo. Los valientes alcornoques servían, sin otro artificio que el de su lozanía con sus anchas y frondosas sombras, para ocultar á los salteadores de caminos y caer sobre el pasajero que iba en busca de su sustento. Las rústicas chozas levantadas contra la intemperie del cielo servían tambien de cebo á nuestros honrados antecesores. Todo era entónces robo, todo desarrollo de la mano, todo buscas honrosas y productivas. Aun no se habia atrevido la justicia á perseguir nuestras honradas cuadrillas, porque los hombres que la administraban andaban con nosotros, y por eso por todas partes éramos libres y disponíamos francamente de todo lo que se nos ofrecía á la vista y que pudiese hartar, sustentar y deleitar á nosotros los hijos mimados de Caco. Entónces no andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello y sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere que se cubra, porque sin adornos ó con ellos eran cautivadas por el primer vagabundo que cruzaba. Entónces se daba rienda á las pasiones amorosas tan sencillamente como se concebían, sin meterse en otros trabajos que los que dice tata Melchor. En ninguna parte habia fraudes, porque todos los fraudulentos andaban con los caballeros de camino real, quienes mezclaban el engaño hasta en sus mas menudos pensamientos. La ley del mas fuerte era la que hacia veces de juez, si bien que no habia quien juzgara, porque ya dije que los jue-

ces y los que los nombraban eran de nuestra devocion. Ni las doncellas, ni la honestidad, por recatada que fuese, estaban libres de nuestra desenvoltura y lascivo intento, pues su perdicion nacia de nuestro gusto y en el momento que nos venia en voluntad.

“Pero ahora, en este detestable siglo, los reaccionarios no nos dejan estar seguros, aun cuando nos metamos en otro laberinto como el de Creta, porque allí por los resquicios y con su maldita solicitud se nos entran sus balas y sus sables, y nos hacen dar con todos nuestros proyectos al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la persecucion que nos hace la justicia, he introducido la órden de los caballeros de la Garra para ofender á las doncellas, dejar multitud de viudas, mayor número de huérfanos y á todos menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos míos, el gefe y caudillo, y en mi mano está el haceros tambien de la cofradia si os sentís con ánimo bastante para ir por todo el país quemando haciendas, asesinando indefensos, violando mujeres y robando cuanto se os ponga delante. Con ello alcanzareis imperecedera fama, aun cuando corrais el riesgo de caer en manos de los envidiosos reaccionarios que no pudiendo llegar jamas á donde nosotros hemos llegado, tratan de esterminarnos con la horca, la cual aunque merecemos mucho, la vemos con aborrecimiento y ojeriza, á lo ménos para nosotros; pero no así para emplearla contra ellos que son nuestros perseguidores.”

Aquí acabó de hablar el ilustre caballero D. Quijote de la Garra, y los labradores sencillos, viendo todos los bienes que aquel les ofrecia en cambio de los muchos trabajos que pasaban para proporcionarse una mezquina vida, sin vacilar aceptaron trocando la azada y el arado por las presillas de capitán de bandoleros, distinguiéndose muy en breve por los muchos despojos que por todas partes cometian.



## HAZAÑAS GLORIOSAS

QUE DEBEN TENERSE PRESENTES

### PARA LA HISTORIA DE AYUTLA.

1859.

JULIO.

- 1.º Unos demócratas acaudillados por Herrera y Revilla, proclaman en Jilotepec la *libertad*; y entre mil gritos desaforados se dirigen á la plaza, donde á la sazón predicaba un misionero. Los hombres honrados quisieron contener el desórden; pero los facciosos, creyéndolos débiles, cargaron con mas furia, llenaron de imprecaciones á los vecinos y fué preciso que éstos les hicieran fuego, de cuyas resultas quedaron heridos los dos capataces.—En estos dias circula un periódico clandestino con el título de “*El Constitucional*,” y que no contiene mas que calumnias contra el gobierno y diatribas contra el señor ministro francés, vizconde Gabriac; porque, segun el papel, este señor estaba de acuerdo en que una conducta que se habia anunciado para Veracruz, se embarcase por Mocambo.—En este mismo dia se supo que el general Robles habia entregado la conducta á la fuerza de Veracruz.— Los constitucionalistas, á falta de mejor ocupacion, se entretienen en robar las balijas de Jalapa en Dos Cerros.—Se recibe en México la noticia de que las chusmas de Tepic se habian desbandado con motivo de la muerte del bandido Peña.—Se recibe tambien la de que D. Mateo Echaiz, vice-presidente del último congreso, se re-